

seguir, no volver á empezar, la vida espiritual, esperar en la energía del alma, creer en una nueva éra de la inteligencia, buscar, todos á la vez, otras fuentes morales.

No ignoro que la sociedad que os rodea cree difícilmente en la esperanza, en el porvenir: os desanima á cada paso; os contradice: quisiera, comunicándoos su vejez prematura, arrebatáros el derecho de vivir. Resistid este primer combate; en él debeis fortaleceros. Sois la fuente nueva; no dejéis que pierda su limpidez al primer contacto. ¡Ah! si cada uno de vosotros supiese lo que en sí mismo posee, los siglos, la sangre vertida en las batallas, el valor, la luz, el génio, las verdades que se han necesitado para formar y templar en su seno su alma francesa, no la entregaría fácilmente prisionera en el primer conflicto. Los que os preceden al ménos tienen alguna razon para querer detenerse, han visto grandes cosas, la Revolucion, el Imperio, y su esperanza está satisfecha. Pero, nosotros, señores, nosotros, casi todos, ¿qué hemos visto? Tres días de Julio. ¡Ah! Tres días de verdad en una vida humana, son bien poca cosa. (1)

(1) La situación de Europa ha cambiado por completo desde la época en que Quinet daba estas confe-

---

## CONFERENCIA II.

---

### DE LA TÁCTICA PARLAMENTARIA EN MATERIA DE RELIGION Y FILOSOFÍA.

Objeciones preliminares.—De la táctica en materia de religion y de filosofia.—Un peligro para el espíritu francés.—Los hábitos parlamentarios aplicados á los asuntos del espíritu.—Condiciones impuestas al eclecticismo por sus orígenes.—Falsa capitulacion que propone entre la ciencia y la fé.—*Se necesita una religion para el pueblo*.—Los privilegiados de la luz, los proletarios de las tinieblas.—El fin del mundo moral.—Algo se muere.—El ideal doctrinario.

En el camino que entramos es inevitable encontrar nuevos adversarios: servirán para señalar nuestros progresos. Tarde ó temprano debemos reunir en contra nuestra, casi igualmente, á

---

rencias. España, estableciendo definitivamente la libertad religiosa, ha roto las ligaduras que la esclavizaban al pasado. Italia renunció á esperar del Papado

los que quieren la inmovilidad en la fé ó en la ciencia, en la Iglesia ó en la filosofía. Sin pasmaros ni quejaros de ello, á poca atencion que hayais prestado estos últimos años ya habreis oido, una voz que, tomando diferentes acentos en bocas distintas, repite cierto número de objeciones, cuyo sentido equivale al siguiente: «Deteneos; las cuestiones son pavorosas: nos falta valor. Vuestra línea es muy recta: no usais de ninguna táctica, de ninguna estratagema. Imprudentes que llevais prácticamente la filosofía al corazon de las dificultades de nuestro tiempo, no considerando que la filosofía no puede seguiros en ese camino, pues debe reducirse á subsistir en el centro de una fórmula, sin penetrar en el alma de los pueblos, de las generaciones. Hasta aquí nos hemos contentado con renegar de vosotros. Dad un paso más hácia la verdad, y lanzaremos á la vez el entredicho filosófico por todas nuestras bocas.» Esta voz no es la de ningun individuo de

---

su unidad y su libertad, y si hoy goza de una y otra, lo debe al poder civil y al planteamiento sincero del régimen representativo. Por último, el eclecticismo, que despues de un período de esplendor redujo el pensamiento, la ciencia y la política en Francia al estado de postacion de que Quinet, Michelet y tantos otros querian levantar con su elocuencia el espíritu de la juventud, está desacreditado tiempo hace, tanto en el terreno de los principios como en el de las aplicaciones prácticas. (N. del T.)

nuestra época. Es la voz de un sistema, el grito del eclecticismo.

Para que todo el mundo quede en su lugar en este asunto, debemos explicarnos desde el primer momento sobre nuestras relaciones con estas doctrinas y las objeciones que de ellas se deducen contra nosotros. Tiéndese el eclecticismo hace algunos años bajo nuestros pasos, como un lazo. Detengámonos para desatarlo, y marcharemos más seguramente cuando hayamos descubierto la celada.

Cuanto más pienso en ello, más me persuado de que el peligro mayor para el espíritu francés, consiste en pretender que se aplique á las cuestiones inmortales en que nos ocupamos la táctica, las habilidades subterráneas que constituyen cada vez en mayor escala la regla de las Asambleas políticas de nuestro tiempo. Allí, para obtener el triunfo de una semana, la verdad de un dia, fingen entenderse cuando en secreto sólo procuran suplantarse; fórmanse coaliciones de ódios: renuncia uno á la mitad de su creencia: abandona otro la suya por completo: frecuentemente la alianza se consume en el vacío.

Este arte de ligar las voluntades sin poseer las convicciones puede ser resultado de las instituciones nuevas. ¿Qué sucedería si generalizándose poco á poco este ejemplo en las costumbres de los pueblos modernos, se aplicase á los asuntos del espíritu y de la pura inteligencia? Caeríamos muy por bajo de Byzancio. A medida

que la táctica, la estratagema, la habilidad negativa, amenazan absorberlo todo, por otra parte, el filósofo, el pensador moderno, aquel que aspira á este nombre, debe mostrar más veracidad, menos ambajes que sus precusores, menos velos, más inflexibilidad en lo verdadero. Sí, salvemos de los lazos de las falsas treguas, de la vergüenza de vanas y mentirosas reticencias, la santa política de las ideas: si esta sucumbe, todo está perdido; si se mantiene recta y firme, todo se salva y repara.

Pero diciendo francamente la verdad ¿no perderéis aliados que habriais tenido ocultándola con disfraces? Y ¿qué importa? ¿Teneis miedo de no ser bastante numerosos? Las verdades vivientes que buscamos, que sentimos, no se obtienen de la reticencia, de la complacencia de los espíritus, como una bola blanca ó negra que puede ocultarse en el hueco de la mano. Surjen con esplendor del fondo del alma: es imposible no ser responsables de ellas. Siendo veraces ante todo, seremos suficientemente hábiles. Si es necesario, prefiero estar sólo aquí, con mi conciencia, á tener toda la complacencia del mundo de mi parte, albergando en lo interior un espíritu dividido.

Nadie puede dar un paso en la vida moral sin tropezar en la resistencia de la doctrina que le precede. No avanzamos sino á condicion de mostrar que poseemos bastante ánimo, bastante vida moral, para franquear el obstáculo. Cuando el eclecticismo nació, encontró enfrente la filo-

sófia de la sensación: es justo que á nuestra vez hallemos en el eclecticismo el obstáculo que quiere cerrarnos el camino. Agregad á esto una razon particular, deducida de los orígenes de esta doctrina; y es que, por su desgracia y aunque por ello no pueda dirigirse un reproche, el eclecticismo fué desde el primer momento una capitulacion. La fatalidad quiere que date de las calamidades y del espíritu de 1815. Esta fecha presidirá su destino hasta el fin. Quizás fué necesaria esa capitulacion del espíritu filosófico de Francia bajo las horcas caudinas de Europa. No lo examino ahora; pero es innegable que dicho carácter se ha impreso de tal modo en la doctrina de que hablamos, que constituye, por decirlo así, toda su alma. Capitulacion, al principio, con la filosofía escocesa y alemana: el génio espontáneo de Francia desaparece en ella casi por completo. Capitulacion despues en la política: identificase con la restauracion y enciérrase en la Carta de 1814 como en un absoluto inmutable. Capitulacion, en seguida, con todo el pasado de la filosofía. Cédese, por decirlo así, todo el derecho del presente á pensar por su cuenta. Por último, en nuestros dias, capitulacion con la Iglesia, tal como ella es: se está muy léjos de querer inmiscuirse en el exámen de sus tradiciones: sin pensar un momento en pedirle razon de la herencia de vida, se quiere tan sólo vivir en paz, en una inmovilidad semejante á la suya: hábitase cerca de ella, á su sombra, y se dice: «que la

paz sea contigo y conmigo.» Así, de capitulación en capitulación, esa doctrina que ha respondido al carácter de una época, es hoy prisionera: por cualquier lado que mire, ve todas las salidas cerradas: todo lo que puede hacer, es invitarnos á imitarla, alojándonos como ella en el mismo recinto murado.

Pero, sabedlo, es regla de derecho militar no atender, no atemperarse á ninguna orden, á ningun uso, á ningun acto que parta de un cuerpo prisionero de guerra: entregando las armas ha perdido el derecho de hacerse oír. Ahora, la doctrina que desde hace dos años nos aconseja rendirnos, es prisionera de la Iglesia y del mundo. Libres, despedamos, de cualquier parte que vengan, ligadas las manos, á esos mensajeros de cautividad.

Es, en efecto, engañarse del todo el intentar retener las nuevas generaciones bajo la bandera blanca de la filosofía de la restauración. ¡Siempre capitular, aún en esas libres regiones del ideal, con el primer adversario que se presente! ¡Siempre transigir! Y todo ¿porqué? ¿Quién puede obligarnos á firmar un tratado con lo que creemos ó falso, ó sofisticado ó estéril? ¡No vivir nunca sino de concesiones, de cálculos, aún en el mundo interior, en el fondo de la conciencia, en ese abismo de verdad, de libertad que se llama espíritu! ¿Quién nos impondría estas cadenas? Si han existido para otros, se han roto para nosotros, puesto que no aceptamos su herencia.

Bastante es que los hechos cumplidos, que las concesiones pesen sobre el mundo político. No los sancionemos en el mundo moral. Nuestro rey en la monarquía de la inteligencia, aquel ante quien debemos encorvarnos aquí es la *verdadera verdad*, la bondad sin mezcla, sin complacencias; SINON, NON. ¿Quién nos habla de diplomacia en la guerra santa de los principios? Nuestra diplomacia es, en efecto, completamente nueva. En este libre reino del espíritu, cada uno ha roto ya en sí mismo, con el error, su tratado de 1815.

Ha largo tiempo que aquellos que quieren impedir el desenvolvimiento del mundo religioso, saben que conducir al hombre á una transacción, ó á una capitulación, es desarmarle para siempre. Esta historia es tan vieja como el mundo. Abrid el Evangelio. En el momento en que Cristo va á comenzar su misión, el espíritu del pasado se le aparece en el desierto; no le pide mas que una cosa, casi nada: abatir su rostro sobre la tierra, capitular con las doctrinas antiguas, reconocer al pasado por rey, aunque sólo sea por un momento. ¿Qué era esto? Una prudente transacción, un sábio eclecticismo con los sacerdocios establecidos; sin duda era poca cosa abatir un instante el espíritu hasta la tierra, y sin embargo, al consentir esta capitulación el Cristianismo abdicaba: nunca jamás hubiera levantado la cabeza. No dudo que, merced á tanta prudencia para con las doctrinas oficiales,

el hijo de María no hubiera sido gobernador, prefecto, intendente de alguna villa de Judea, pero tened asimismo por seguro que ni nosotros; ni yó, ni nadie, habria oido hablar nunca de Jesucristo de Nazareth.

Ahora, lo que fué mostrado al Cristo en el comienzo de su mision se aparece á cada hombre, en el fondo de su conciencia, en el momento en que quiere elegir su destino: este fenómeno es en nuestros dias mas sorprendente que en ninguna otra época. Apenas entráis en la vida, es decir, en vuestra mision, cuando el espíritu del pasado, el espíritu que teme el porvenir, revistiendo mil formas diversas, murmura en el dintel del mundo moral que se entreabre ante vosotros, la misma fórmula secular: ¿qué te cuesta?; abate un momento tu corazon y tu rostro. No elevés tanto tu ideal religioso y filosófico. Transige, capitula, durante un minuto siquiera, en ese momento fatal en que construyes en tu corazon tu plan de vida. Si eres filósofo, cesa de pensar, y te haré académico; si eres sacerdote, deja el Evangelio, aprende la sabiduría de los políticos, y serás obispo; si eres soldado, entrégame por un instante, por un solo instante, tu espada, toma un alma egoista, y te hago general. Y bien, no; no capitularemos ni con tan bellas condiciones. Cuanto mayor sea el desórden en la sociedad civil, tanto mas debemos en el imperio del alma que aquí habitamos, mantener nuestro pensamiento firme y desinteresado. En medio de

esta mezcla de intereses mercenarios, es menester al menos que la bandera del espíritu se conserve absolutamente limpia de mancha. Las transacciones pusilánimes se harán en otra parte, en la vida real; no podemos impedirlo. Mas aquí, en el mundo del alma, no podemos adorar, sino lo que es adorable; no lisongear, no coronar sino lo que es divino. Es muy posible que así no seáis nunca ni gobernadores, ni intendentes de vuestro pueblo, pero sereis los hijos de Dios; sereis los hombres de la verdad: dignidad que es aun la mas rara sobre la tierra.

Háse expuesto hace veinte años como perecen los dogmas. Observad lo que pasa á vuestra vista, vereis los síntomas de una doctrina, de una escuela cuando va á morir. Espectáculo extraño é instructivo el de una filosofía cuando ha perdido la fé en sí misma. ¡Cómo se retira poco á poco de todas las cuestiones vitales! ¡Cómo le asusta el movimiento! ¡Qué temor á la lucha! ¡Qué circunspeccion, que temperamento de viejo! Si por casualidad apercibe una fórmula, aun vacía, va silenciosamente á su encuentro y se envuelve en su sudario. ¿Es acaso esa potencia, ora benéfica, ora terrible, que con el nombre de filosofía tenía fama de quebrantar el mundo á su placer? Que aquellos que la temieron otras veces, la miren, y se sonreiran viendo en lo que se ha convertido. Pretende ser prudente en adelante: no ignorais lo que en el dia se entiende por esa palabra. Bastante

tiempo ha dado impulso al mundo político y real: quiere, sin embargo, regularse por él; es decir, seguirle de léjos si aun avanza, detenerse si se fatiga, morir si desfallece: destino de una sombra que se obstina en subsistir cuando ha perdido su razon de ser.

La prueba mas palmaria de la decadencia de lo que es preciso llamar el ideal doctrinario, el eclecticismo, es que no osa mirar á la Iglesia de frente. Siente el vacío bajo sus plantas, y comprende que no se halla en estado de aceptar la discusion de las cuestiones en que la vida y la muerte estan empeñadas. De aquí su primera necesidad; la de acusarnos de plantear problemas demasiado grandes, de tocar á los misterios, de atraer sobre nosotros peligros de que no quiere participar, porque no ignora que contrariamos una paz falsa, que en nada se parece á la tregua de Dios. De aquí, en segundo lugar, que ya declare que el momento de pensar no ha llegado todavía, ya apadrine al Creador, poniendo bajo la proteccion humana los cielos del Evangelio. Con mas frecuencia, en fin, para zanjar de plano toda dificultad, establece que su filosofia nada tiene que ver con la religion; pues son estos dos mundos perfectamente distintos, que no pueden confundirse. Imaginanse de este modo dos potencias oficiales que no tendrian entre sí sino relaciones diplomáticas; una especie de etiqueta respetuosa, consideraciones, silencio, todo lo que exige la política exterior, algo

como una ficcion parlamentaria, en que la Iglesia y la filosofia se comprometerian cada una por su parte á desempeñar su papel; pero por lo demás, ni un acento que revelase el alma, ni una cuestion de donde saltase luz imprevista, ni un esfuerzo para alcanzar, unos y otros, pensamientos mas elevados en que la reconciliacion pueda al menos, ser una esperanza.

¡Ah! ¿qué acabo de decir? ¡Esa tregua de que hablan es la guerra de los muertos que eternamente colocados cada uno en su tumba, no tendrian eternamente nada que comunicarse, nada que hacer, nada que intentar para unirse en un pensamiento viviente! ¿Comprendeis por un momento ese silencio sin fin que dejaría al filósofo y al sacerdote en su tumba de hielo, sin esperanza de aproximarse alguna vez? Por mi parte, ved aquí lo que me pasa: esa ficcion constitucional, introduciéndose hasta en el último repliegue del corazon del hombre, me espanta como la vision de una mentira eterna.

Guardad para vosotros vuestro sistema de tregua: yo prefiero cien veces los ataques á sin tregua, las violencias, los raptos habituales de mis adversarios. En esos movimientos de la passion, reconozco al ménos al hombre, hecho como yó, que tiene como yó un alma, un corazon, lleno hoy de ódio, pero que, tal vez mañana ó dentro de un siglo (¿quién sabe?), convertirá este ódio en amistad. Por el contrario, en ese sistema de ficcion, en ese silencio de diplomáticos, en ese ar-

reglo de cancillería en medio de las cosas eternas, en ese lenguaje de protocolo aplicado á lo que arranca lágrimas más ardientes á los vivos, no encuentro, no, al hombre semejante á mi; busco un hermano, irritado, colérico, importa poco, un hombre al fin, y encuentro una fórmula petrificada. Rechazo esa paz ficticia, firmada en la nada; la rechazo igualmente por el honor de la Iglesia y por el honor de la filosofía.

¡Qué! ¡La filosofía, el amor á la verdad, no tienen nada que ver en lo que, en mi cualidad de hombre, me atañe y me interesa casi exclusivamente, es decir, en esos dogmas, esos misterios, esos cultos, ese mundo religioso, que me rodean y prometen la vida! ¡Haré de la inteligencia mi instrumento, mi profesion, á condición de no aplicarla nunca á aquello que, repito, si tengo entrañas de hombre, debe hablarme más alto que todo lo demás! ¿Desde cuándo ha descendido la filosofía á tanta humildad y terror? ¿Tiene miedo de que las bóvedas de las catedrales se hundan sobre ella? Cuando creía en sí misma, se sentía con fuerzas bastantes para reparar todo lo que quebrantaba. Si hubiese sido presa de este temor hace tres siglos, estaríamos aun en la escolástica de Pedro Lombardo. ¿Donde está, en el mundo moderno, el pensador que no haya entrado en el abismo de Pascal? ¿Temió Malebranche remover el Cristianismo en sus *Meditaciones*, Leibnitz en su *Teodisea*, Spinoza en su *Teología*, Rousseau en su *Vicario Saboyano*, Kant en su tratado de *Re-*

*ligion*, Schellin, Hegel, Schleiermacher, todos, en fin, en su doctrina?

Planteando cuestiones cuya solución no puede aplazarse mas tiempo, el pensamiento ha contraído una deuda con el mundo. Se ha comprometido implícitamente á devolver al hombre bajo una forma superior todo lo que ha parecido quitarle. Ha prometido no reposar hasta satisfacer el hambre excitada por él mismo. Y sin embargo, cuando la curiosidad, el deseo, la sed, el hambre moral os asedian y el alma pide su pasto, declarais que es necesario aplazar estas cuestiones, porque acaba de apercibirse que son peligrosas, inoportunas, porque no se creía que el mundo las tomase tan en serio. ¡Peligrosas! sí, lo son! y mas peligrosas de lo que vosotros mismos imaginais. ¡Inoportunas! Se agravan sin intervaló desde hace tres siglos. ¿A qué, pues, ese pánico completamente nuevo? ¿A qué ese grito de *sálvese el que pueda* lanzado en el mundo de la inteligencia? Se ha contraído, he dicho, una deuda del alma hácia la sociedad moderna, y cuando llega el momento de saldar cuentas, se propone simplemente que nos paguemos de fórmulas y palabras. ¿Qué es esto, por última vez? Urge decirlo, precisa llamar las cosas por su nombre: se nos propone la bancarota moral y espiritual.

Si, todo se liga y se encadena. En cada orden de cosas, en el estudio de la naturaleza, en las matemáticas mismas, ninguna filosofía es fecun-

da sino á condicion de mostrar cierto heroismo (*mens heróica*). Desde que la Iglesia se apropia la prudencia del mundo, los filósofos deben sostener la locura de Cruz. Quiero decir con esto que ninguna filosofía, ningún criterio es fecundo y potente en la investigacion de la verdad, sino avanza sin inquietarse de si esto ó aquello agrada ó no á los que reinan en la tierra, al presente, sobre la opinion; de si le siguen pocos ó muchos; de si tiene de su parte las simpatías ó la enemistad del mundo. En una palabra, en el áspero camino que recorreremos, cualquiera que mire atrás para contar sus amigos, pierde incontinentemente su fuerza; queda convertido en estatua. No nos entretengamos en averiguar si estamos ó no de acuerdo con la Carta de 1814, con tal ó cual institucion, sea que nos agrade, sea que nos contrarie. La política que aquí tenemos que practicar es la política sagrada que impulsa á todos los pueblos desde hace diez y ocho siglos: dicha política nada tiene que ver con cálculos mezquinos: busquemos la Carta eterna: si las convenciones interesadas, humanas, parecen contrariarla al principio, estad ciertos de que tarde ó temprano la obedecerán.

En el fondo, trátase de dos criterios esencialmente distintos. Rota y desorientada el alma de Francia bajo la Restauracion, la filosofía doctrinaria se vió forzada á decir: aliaos con el pasado; estudiad todo lo que han pensado la antigüedad y la edad-media; desapareced, en cuanto sea

posible, bajo esta erudicion. Traducid, amoldaos á la línea trazada por los siglos; despues, aun os quedará ántes de morir un dia, una hora para pensar á vuestra vez; pero esto es lo menos importante. Nosotros, por el contrario, partimos de una idea opuesta: creemos que ha vuelto á encontrarse el alma de Francia, y en su virtud, si respetamos y veneramos la antigüedad, no respetamos menos el espíritu viviente que cada uno trae consigo al mundo. Nos empeñamos en hallar en nosotros mismos ese hombre interior, que seguramente poseemos. Emancipad vuestro sentido moral de la esclavitud de los tiempos, de la imitacion de lo que ha sido. Apoyaos, no en lo que otros han hecho, sino en lo que teneis la mision de hacer. No traduzcais, producid. Soplad en esa inmensa arcilla que las edades han depositado en torno vuestro, y encontraos á vosotros mismos.

Si llegais así á descubrirnos en vuestro espíritu nativo, á pensar lo justo, lo recto, lo grande, no os inquieteis nimiamente por lo demás; estareis de sobra de acuerdo con Diógenes Laercio, Olympiodoro, con Guillermo de Campeaux ó Scott Erigenes. Mostradnos tan solo en su ingenuidad primitiva el alma que Dios os ha dado. ¡Os repito la frase de Sidnay: «Mira en tu corazon, y escribel!» Hecho esto, no temais desconcertar la erudicion de la Providencia, ni las ordenanzas del tiempo; ellas se amoldarán naturalmente á vosotros, vosotros á ellas.



Llego á la gran objecion que las encierra todas, porque contiene en sí el espíritu del sistema, la llave de la posicion. ¡Cuántas veces la habeis oido en el espacio de algunos años! Hela aquí, francamente expresada. «¿A dónde van esos temerarios? Guardemos nuestras fórmulas para nosotros; repitámoslas durante la eternidad: bastan para inteligencias elevadas como las nuestras. Pero no todos pueden llegar á nuestra altura, y no tenemos la obligacion de ayudarlos á subir. Síguense de aquí que se necesita una religion para el pueblo. Es una mania suya que se debe satisfacer. Es al mismo tiempo un freno. ¿Quereis romperlo? ¿Quién detendrá luego al corcel?» Tal es la última palabra del sistema: se nos cree abrumados cuando ha sido pronunciada.

Se necesita una religion, un Dios positivo para el pueblo. ¿Qué sería si esta objecion perjudicase únicamente á los que la hacen? Créese perdernos con estas palabras, y al contrario, estas palabras constituyen nuestra mejor defensa. Por que, en fin, son terribles para los que así se colocan á un lado y relegan al otro á casi todo el género humano, admitiendo para sí no sé que fórmulas, que esplendor, que Dios de privilegio, y para los demás, para el espíritu de las muchedumbres, la noche sin término, sin fondo, sin límites, un Dios inerte, el yugo de un misterio eternamente inmóvil. Es cosa seria, pensadlo bien, declarar que pretenden reservar para sí

una luz siempre creciente y que el resto del mundo, esclavo de las necesidades del cuerpo, esté aun atado para mayor garantía á una cadena invisible que no ha de relajarse nunca. Para los dichosos un Dios de luz; para los miserables un Dios de tinieblas. ¿He entendido bien? ¿Ha salido, en efecto, este pensamiento de nuestro tiempo? Esto se llama arrojar, encerrar, sellar al mayor número en el fondo del abismo por el tiempo y por la eternidad.

Es necesario, repetís en voz baja, *una religion para el pueblo*. Ciertamente, no nos decís nada de nuevo, porque tambien nosotros somos *pueblo*, y lo único que nos distingue de vosotros es que no pretendemos ser otra cosa. Si penetramos en la tradicion de la Iglesia, si no nos detienen las dificultades, si abrimos los libros santos con espíritu de exámen é indagacion, no es por entretenimiento. Nos espantaría semejante audacia. No, si nos aproximamos á las cosas sagradas, si penetramos en la sombra temible y nos mantenemos en ella, es precisamente porque somos pueblo, de corazon y de alma, y queremos, no sólo una fórmula para sepultarnos en ella, sino la vida, la realidad, la verdad activa para renovarnos. Decid, si os agrada, que tenemos la imbecilidad del pueblo, que creemos aun con él en la posibilidad de algo grande, nuevo, poderoso, puro bajo el sol. No os lo prohibimos. Decid tambien que nuestro método en nada se asemeja al de la escuela, que nuestro lenguaje no es el de la es-

cuela, que rebajamos la filosofía haciéndole hablar como á todo el mundo: os daremos las gracias.

*Se necesita una religion para el pueblo:* estas palabras son las más formidables que se han oido en quince años, porque son la clave de la teoría, en virtud de la cual se establecerian definitivamente los privilegiados de la luz y los proletarios de las tinieblas. Admitid por un momento el progreso continuo del espíritu en unos, la inmovilidad de la creencia en otros, y la unidad social está rota. Francia se divide en dos pueblos irreconciliables, eternamente separados por un abismo que se ahonda eternamente entre ellos. La obra del Cristianismo está destruida.

¿En tales circunstancias, qué hacemos aquí segun nuestras débiles fuerzas? Oponernos con todo nuestro poder á esta excision impía. Crear para unos una filosofía religiosa, para otros una religion que se desenvuelva, para todos el movimiento continuo del mismo espíritu de creación, á fin de que estos y aquellos puedan entenderse, tocarse, aproximarse incesantemente, encontrarse y unirse, al fin, en el progreso de la vida. Llamamos á la puerta de la Iglesia, para que lo que se denomina con indignidad el Dios del pueblo no permanezca inmóvil en su cruz de madera, sino que se despierte en el dogma, se engrandezca en los corazones, no se deje superar por el Dios de los ricos y de los filósofos, y logremos así que la antigua igualdad no sea herida en su raiz. Hé aquí mi pensamiento: no tengo que

ocultarlo: que se lo condene, que se lo elogie, ¿qué importa?, lo poseeis por completo.

Notad bien que, aunque en sentido inverso, ocurre hoy algo parecido á lo que se vió en la Edad-media. En cierto momento corrió el rumor por la tierra de que el mundo de los cuerpos iba á acabarse. Imaginábanse yá muchos que la sávia empezaba á detenerse en el tejido de las plantas: se contaba que el sol palidecia en el Oriente, que los pájaros de mal agüero eran los únicos que cruzaban el espacio, y que habian visto á los rios agotarse en sus manantiales. Roma publicaba, y era cierto, que en sus alrededores crecía la yerba, que la marisma se extendía, que la fiebre asolaba la campiña: se habia visto manar en los Alpes Cotianos una fuente de sangre. A esta noticia de la desaparicion próxima del mundo de la materia, vendíanse, mientras conservaban algun precio, el campo, la casa, el patrimonio temporal, y se corria al sepulcro de Jerusalem.

En nuestros dias hay tambien profetas de noticias fúnebres; pero estas han cambiado de objeto. Circula el rumor de que el mundo, no yá el de la materia, sino el del espíritu, el del alma, toca á su término; que apenas le resta un instante de vida. Circula este rumor de boca en boca; se acrece. Muchos refieren que han visto signos, que la luz moral se extingue, que la sávia del espíritu se entorpece para no volver á reanimarse, que las fuentes más profundas del co-

razon están secas, que no hay que aguardar ni esperar nada del mundo interior, que mañana ó al día siguiente todo habrá perdido su precio. Aproxímase el fin del mundo moral. *Apropinquante mundi fine.* ¡Es el antiguo grito de espanto! Al oírlo, gran parte se apresura á enagenar, no su campo, pero sí su alma, su conciencia, su patrimonio espiritual, mientras esto se estima en algo; y busca, para encerrarse en ella, alguna tumba más vacía que la de Jerusalen. Pero esta noticia es falsa. El pánico pasará ahora como pasó en la Edad-media: el sol del espíritu se levantará mañana sobre el mundo como se levantó ayer, y caldeará el suelo moral. La fuente de las ideas seguirá surgiendo, sin empobrecerse, del seno de Dios; engañáranse los nuevos milenarios como se engañaron los antiguos. Tan sólo temo que despues de haber vendido su patrimonio moral, si algun día quieren rescatarlo, no sea demasiado tarde.

Concluyamos: es cierto que todos esos rumores de muerte moral tienen un fundamento sério: algo desfallece en medio de nosotros: esto es indudable; se deduce de todo lo que precede. Sepúltase una filosofía á nuestra vista. ¿No lo veis? Despues de haber prestado servicios inmensos, que nadie piensa negar, el eclecticismo cede á la ley que mina todas las cosas; se retirará: la filosofía doctrinaria se muere; podemos añadir, ha muerto; porque no soy yo quien lo dice, es ella misma, declarando que nada tiene que hacer en-

medio de las nuevas cuestiones que asedian al mundo. Con esta declaracion, confiesa abiertamente que abandona la vida.

El momento presente es grave para mí; esta abdicacion, esta desaparicion de una gran escuela es el hecho mas importante que hemos hasta ahora encontrado, registrado en nuestra enseñanza. Hémos aquí en adelante solo con nosotros mismos, es decir, con la Francia nueva. El espíritu se remonta á otra época. Salimos de las fórmulas; entramos en la vida. La ola de la Restauracion ha llegado hasta aquí. Se detiene, nos deja. La filosofía de la Restauracion ha muerto; cede su plaza á la filosofía de la Revolucion.

Aunque esté acostumbrado á hacer esfuerzos sobre mí mismo, nunca nada me ha costado tanto como las palabras que acabo de pronunciar. No es fácil separarse así de una escuela gloriosa que en su tiempo ha alentado una generacion, que á nosotros mismos nos ha conmovido y despertado: no, no se dice adios á esos recuerdos punzantes sin cierto desgarramiento interior. No seamos ingratos. Recordad aquellos brillantes dias. ¿Porqué han cesado? ¿Qué elocuencia, qué poder, frecuentemente que independencia! Y hoy, es necesario que me separe en público de esa comunión filosófica, únicamente porque quiere permanecer inmóvil: debo separarme de esa escuela, de ese pensamiento que en mis mejores años ha hecho latir mi corazón. ¿Es necesario? Sí, es necesario. Tal es la vida: no se

propaga ni avanza sino á este precio; lo que es triste para mí, pero necesario para vosotros.

Algunas personas estimarán tal vez que habria hecho mejor en disimular este cisma de la filosofía. Más ¿para qué hombre reflexivo era un misterio? ¿Se habia descuidado una sólo ocasion de hacerlo aparecer, cuando se trataba de declararse contra nosotros? Por otra parte, el choque de doctrinas es testimonio de vida. Callándome más tiempo me ahorra sin duda algunos enemigos más; pero, por Dios, abandonemos de una vez para siempre esa habilidad vulgar en los asuntos del espíritu: persuadámonos de que sólo la verdad es inexpugnable. Dejadme una posicion franca, y me atrevo á confesar que nada temo en el mundo: colocadme, por el contrario en una falsa, y ya no me conozco, no puedo respirar.

El año anterior decia que entreveía en vuestro espíritu un gérmen del porvenir: hoy avanzo más, afirmo que aquel que no se apercibe de que una nueva generacion de ideas, una nueva ola moral golpea la antigua ribera, está ciego del corazon y del alma. Aun cuando tantos enemigos como se conciertan acabasen por arrojarme de esta cátedra, sería muy tarde; el espíritu que me impulsa á hablar ha pasado á vosotros: á ¡Dios gracias, no puede ninguna potencia del mundo deshacerlos como á esta tabla de encina.

---

### CONFERENCIA III

---

#### LA IGLESIA EN EL ESPÍRITU DE JESUCRISTO

Un Cristianismo antes de Cristo.—Grecia bautizada por Platon.—La Iglesia primitiva en el espíritu de Jesucristo.—La existencia de Jesus negada por el doctor Strauss.—Dos caracteres del Evangelio.—El nuevo FIAT LUX del mundo moderno—Sentimiento de esperanza en el Evangelio.—¿Qué esperamos hoy?—Primera division entre los apóstoles.—Como se resuelve.—Imágen de la unidad futura.—Iglesia de San Pedro.—Iglesia de San Pablo.—Liturgia católica.—¿Porqué se ha detenido?—Los funerales de un mundo.—La monarquía del espíritu.—¿Es ésta una monarquía HOLGAZANA?—De los blasones espirituales.—Las memorias de Luis XVI.—El testamento de una época.

Hay dos clases de fé en el mundo: nace una del desaliento, otra de la esperanza: encuéntranse hombres que despues de haber sido atraídos y engañados por diferentes teorías, no habiendo encontrado inmediatamente lo que esperaban, adoptan el partido de no indagar nada en adelante y recaen por desfallecimiento en el pasado: su creencia es una especie de desesperacion. Cansados de desear, se asen á la muerte con frio